

«EL BARRIO HÚMEDO». PASEO POR LAS TABERNAS LEONESAS

BÉNÉDICTE DE BURON-BRUN
UNIVERSITÉ DE PAU ET DES PAYS DE L'ADOUR

El hecho de recurrir a las *Crónicas de las Tabernas Leonesas*¹ de Francisco Umbral (Umbral [1962], 2004) para examinar detenidamente la dimensión social de la taberna y su proyección periodística y literaria nos permite entroncar directamente con una larga tradición y anticipar –Umbral firma estas crónicas a principios de los años 60– un fenómeno que irá creciendo hasta nuestros días.

De antemano cabe precisar que el llamado «Templo de Baco» (Deleito y Piñuela, 1968: 152) habrá sufrido retoques e incluso revoques. Símbolo de la mala vida desde la literatura goliardesca (cuyos heraldos por la vertiente francesa fueron los ilustrados Rabelais y Villon) y escuela de vicios para los decentes y moralistas, la taberna también ha podido contar con unos fervientes defensores: sus parroquianos. A finales del siglo XVIII, el poeta y pintor William Blake canta sus virtudes en «El pequeño vagabundo»:

«Madre querida, madre querida, la Iglesia es fría,
Mas la taberna sana y placentera;
Puedo decir además que es donde me tratan bien.
Tan buenos momentos no tendré en el cielo.» (Blake, 1794/Savater, 1983: 131).

Dos siglos más tarde, Fernando Savater, probablemente el mayor vividor de la filosofía española contemporánea, partiendo de estos mismos cuatro versos de Blake, no duda en redactar un «Elogio de la Taberna» (Savater, 1983: 131-137). Pero son muchos los escritores que se sienten en deuda con el mundo de las tabernas y de los posteriores cafés. Válgase de botón de muestra el poema, «Testamento», de Valle-Inclán:

«Caballeros, salud y buena suerte
Da sus últimas luces mi candil.
Ha colgado la mano de la muerte
Papeles en mi torre de marfil.
Le dejo al tabernero de la esquina
Para adornar su puerta, mi laurel,
Mis palmas, al balcón de una vecina,
Y a una máscara loca, el oropel»². (Valle-Inclán, 1936).

¹ Véase el detalle en anexo.

² Camilo José Cela da otra versión del último cuarteto:

«Regalo al tabernero de la esquina
Mi cetro y mi corona de papel.
Las palmas, al balcón de una vecina

Lejos de resumirse a un juego dicotómico entre oponentes y defensores, entre paganismo y cristianismo, el concepto entraña un aspecto étnico que desde un núcleo muy local, y sus peculiaridades, se ampliará con las migraciones. Es de notar el reciente interés de los investigadores, los sociólogos especialmente, al respecto, como lo demuestra por ejemplo el estudio de las tabernas cordobesas que está llevando a cabo la Universidad de Córdoba³ o el de «la fiebre de inauguración» (Medina, 2003: 835) de tabernas y restaurantes vascos en Barcelona en los albores del nuevo milenio, que publicó F. Xavier Medina. Se trata de un fenómeno, en este último ejemplo, que traspasa un lugar de «recreación de un “nosotros” colectivo que busca una mayor proximidad, una forma de “estar juntos”» (Medina, 2003: 836) para convertirse en un escaparate «étnico» con fines comerciales aprovechando en tal caso la fama de la cocina vasca y el espectacular éxito a nivel internacional del tapeo.

Esta vocación propagandística la saca a relucir la prensa en su rúbrica dedicada al ocio. Sírvese de ejemplo el artículo muy umbraliano firmado por Antonio Lucas el pasado 5 de mayo, «Y en el principio fue la cerveza...», quien recalca que El Cangrejero «gasta una asepsia de taberna auténtica, preservada del carnaval costumbrista de los tugurios nuevos» (Lucas, 2012: 65).

Si las *Crónicas* umbralianas remarcan cierto tipismo, sea en la descripción de las trece tabernas visitadas (el décimo cuarto artículo titulado «Juego de bobos en Villa Evarista» curiosamente ha desaparecido⁴), sea en el retrato de los taberneros, de los habituales o asiduos o de los vendedores del cupón de los ciegos que entran y salen del lugar convertido éste en el teatro de la vida social de la ciudad, dichas *Crónicas* no se quedan en una simple revisita de la taberna galdosiana, barojiana o valleinclanesca. Umbral abarca el concepto en su totalidad; los elementos que va destilando a lo largo de las trece *Crónicas* nos permiten reconstruir el ambiente tan particular de la taberna con todos sus matices y sus proyecciones tanto en la vida individual de cada parroquiano como en la vida social del grupo formado mediante el compadreo, así como su representación y su papel en la ciudad.

Cada detalle tiene su importancia puesto que va cristalizando la vida en/y de la ciudad y el agudo observador que es Umbral, lejos de limitarse a un reportaje o a una crónica de sociedad del «Barrio Húmedo», tal y como suelen llamar en León a este espacio urbano que reagrupa la mayoría de las tabernas, nos deja entrever en un segundo plano de lectura una página de su biografía y más precisamente el porqué de una estancia tan breve (tan sólo un par de años) en la capital leonesa.

Una única crónica no hubiera sido suficiente para recrear «el clima» -como acostumbrará llamarlo Umbral en las entrevistas posteriores echando mano del título epónimo de una novela de André Maurois (Maurois, 1928)-, el ambiente palpable de la taberna, ya que este término genérico aún toda una variedad de nombres: tasca, bar, bodega, casa, museo del vino o cantina; unas voces que corren parejas a sus especificidades

Y a una máscara loca el oropel. »
(Cela, 2001: 188-189).

³ Intentando quizá remedar la copla:
«Córdoba, ciudad bravía
Entre antiguas y modernas,
Con más de mil tabernas
Y una sola librería. »

<http://www.cordobapedia.wikanda.es/wiki/la_taberna_cordobesa> (consultado el 17-05-12).

Lo cierto es que las tabernas cordobesas gozan de buena fama. (Herrador, 1990: 109).

⁴ «Curiosamente» porque es la única crónica en la que Umbral desvelaba que había nacido en 1932 y no en 1935 como informaban todas las editoriales hasta que la Fundación Umbral rectificara en 2010. (Fernández, «Prólogo», en Umbral, 2004: 24-25).

que Umbral ya puede introducir desde el título de cada una de sus *Crónicas*. De esta manera los rótulos declinan las especialidades culinarias: «Sopas de ajo en puerta Obispo»; las distintas diversiones: «Bodega “la Regia”», «Liceo del Bello Canto», «Casa Benito, Ateneo del Mus», «El Ruedo»; subrayan una peculiaridad histórica: «La Importadora», «El 2 de Mayo»; se refieren al emplazamiento de otro comercio como es el caso de «El Besugo» creado en el local de una antigua pescadería; aluden a una determinada construcción arquitectónica como lo especifica la bodega «La Mazmorra» o a un hecho más privado como en el caso de «La Gitana» que debe su nombre a que la dueña de la taberna logró que le devolviera unas tijeras robadas una gitana, demostrando así sus talentos de ser más gitana que la gitana, que ya es decir.

Ahora bien, en el día a día la mayoría de dichas tabernas se convierten en un familiar «Casa Alfredo», «Casa Flórez», «Casa Pepín», «Casa Benito» o incluso «la tasca del Rito». Estos nombres determinan un lugar particular del espacio urbano. Siguiendo las normas de la crónica la precisión topográfica es de rigor. Umbral indica el lugar: «En la leonesa calle de Misericordia, esquina a la plaza de las Tiendas» (I, A, p.7, col. 1). Puede dar el número de la calle: «Estamos en Juan de Arfe, 2» (I, D, p. 13, col. 2), «Número 3 de la Rúa de los Francos» (III, B, p. 18, col. 1), «calle de Serranos, nº 38, esquina a la Plaza del Vizconde» (III, C, p. 20, col. 1-2). O incluso concreta aún más el plano callejero: «En el más distante ángulo de la plaza Mayor, aquel donde se abren las escalerillas que bajan a la leonesa calle Puerta del Sol, encontrará usted “Casa Benito”» (IV, p. 13, col. 1).

Luego el periodista nos va describiendo minuciosamente cada taberna: al mismo nivel o más abajo que la acera, con una entrada larga y estrecha, techos altos, bajos, abodegados, escaleras, bodegas, comedores, trastiendas, cocinas, bares, patios, mesas de madera y de mármol, bancos... y la imprescindible estufa, dada la legendaria crudeza del invierno leonés. En cuanto a la decoración, si en algunas destacan las caricaturas de la prensa diaria o copias del natural (III, A, p. 17, col. 2) o de Romy Schneider (III, D, p. 22, col. 2), fotos de futbolistas, estampas de toros, calendarios o billetes de lotería, en todas predominan los carteles de turismo, de toros, de ferias o de fiestas.

No obstante, si unas cuantas tabernas y bodegas guardan su autenticidad con sus vigas, sus piedras, sus mesas y sus bancos viejos y gastados, su «pulcritud de telarañas» (II, A, p. 6, col. 1), sus jarras de mimbre (I, A, p. 10, col. 1), sus porrónes o incluso atesoran «una cocina con camilla, brasero y gato, para las partidas de invierno» (III, D, p. 23, col. 1), cuando no una máquina de coser (IV, p. 14, col. 1), otras han querido adecantar, modernizar, cayendo en cierto kitsch y, en general, un pésimo gusto⁵. De repente las tabernas ostentan «la luz insegura de un fluorescente tembloroso» (II, D, p. 12, col. 2); se han empapelado las paredes sucias (III, A, p. 17, col. 2) o se han revestido de un barniz naranja (III, C, p. 21, col. 2) o de verde sobre un rojo embaldosado desgastado (II, D, p. 11, col. 1); las mesas de madera se han cubierto de hules en las que se han colocado unos ceniceros de hierro fundido (I, D, p. 15), ahí donde había prevalecido de toda la vida, y para el orgullo de los leoneses, la alfarería de Jiménez de Jamuz.

Total, se han eliminado las «seculares mugres» (III, A, p. 17, col. 1) para dejar paso a la modernidad: un decorado de «tres toneles limpios y encerados» en una bodega que sigue y seguirá siendo a pesar de todo «cuadrada, pétrea y arcaica» (I, D, p. 15). En cuanto al comedor pintado de verde resulta «solanesco, lúgubre» (II, D, p. 12, col. 2). De las trece

⁵ La misma constatación (y nostalgia) observa Camilo José Cela en cuanto a las tabernas de Torremejía, y en particular la de Paco el Martinete, fuente original de la taberna de Martinete el Gallo que figura en *La familia de Pascual Duarte*: «ahora los bares de Torremejía están relucientes, tienen mesas de formica y televisión y despachan whisky y coca-cola, hay personas que hasta piden coca-cola light, yo no sé si esto es bueno o malo pero a mí puede que me gustara más lo otro». (Cela, 2001: 409).

tabernas, una sobresale por su riqueza: «dos comedores y un lavabo» pero sobre todo, lo que no vería con desagrado el friolero de Umbral, calefacción (IV, pp. 13-14).

Si descontamos las figuras imprescindibles de los perros (I, B, p. 11, col. 2; II, B, p. 6, col. 2) y gatos (III, D, p. 23, col. 2), los protagonistas se dividen en dos grupos: los profesionales y los parroquianos. Todos los taberneros son oriundos de León, de la provincia o están casados con una leonesa como es el caso del salmantino José Herrero, Pepón (III, C, p. 20, col. 2), que no debemos confundir con Pepín (III, D, p. 22, col. 1), Pepe García Suárez, quien proviene de la montaña. Este detalle, una vez más, tiene su importancia puesto que como lo subraya Alberto Ramos Santana en su artículo dedicado a las tabernas, éstas «han estado tradicionalmente atendidas por gente de la Montaña», hasta el punto de identificar, por extensión, a los taberneros con los «montañeses» (Ramos Santana, 1981: 262). La taberna también suele ser cosa familiar (madre, tía, sobrina, hijos...), con filiación o incluso viudedad como es el caso de doña Cloti (I, A, p. 7, col. 1). En general, la cocina la llevan las buenas manos femeninas (III, C, p. 21, col. 2; III, D, p. 23, col. 1) mientras que los que sirven en las mesas en su gran mayoría son varones. Y para la profesión son indispensables ciertas cualidades: «simpatía, sonrisa, experiencia, ocurrencias, buenos modales» (I, A, p. 7, col. 2).

Por estas tabernas peregrina todo León: jóvenes y mayores; activos y jubilados; solteros, parejas de novios y matrimonios; de todas las clases sociales y con todo tipo de oficios: almadreñero, castañero, labrantín, tratante, albañil, obrero, vendedor de periódicos, sastre, arquitecto, ingeniero, abogado, periodista, árbitro de fútbol, campeón de ajedrez... y el borracho. Cada uno tiene sus hábitos diarios, semanales o temporales: los aldeanos las visitan en día de mercado, los novios y casados para la merienda dominical, los cofrades en Semana Santa... y los «hombres del vino» a diario (III, C, p. 21, col. 1).

Pero la taberna, excepto los domingos tal y como lo acabamos de mencionar, es un lugar de y para los hombres⁶ y, por consiguiente, se pueden oír golpes, improprios o aseveraciones machistas, propias del lugar, del tipo: «Maruja García es hembra de pocas palabras, lo que ya es virtud, aunque no precisamente femenina» (III, D, p. 22, col. 1). Para los unos, la taberna «se torna hogareña» (II, C, p. 10, col. 1) la consideran como «su casa» (II, C, p. 9, col. 2) donde «le deja pagado uno [al compadre] un vaso para luego» (II, B, p. 9, col. 1) y donde a nadie se le ocurriría ocupar «el sitio de don Luis» (II, B, p. 7, col. 2). Y aunque puede ser un refugio para quien busca la soledad es antes que nada un lugar de encuentro, sociabilidad, convivencia y compadreo⁷. Ahí se reúnen las diversas peñas (Peña del Besugo -I, B, p. 11, col. 1; Peña de los Trece -I, B, p. 11, col. 1; Peña de los Tímidos -I, C, p. 12, col. 1; Peña del Jarro -II, A, p. 5, col. 2; Peña de los Panaderos, Peña de la Madreña, Peña de los Tragones -III, A, p. 18, col. 1 o esa más literaria, de nombre «La Ceranda» -II, A, p. 5, col. 2). Se nutren las tertulias de viejos (III, D, p. 22, col. 2) y no tan viejos (II, C, p. 10, col. 1) de rumores, chismorreos («dicen» -I, A, p. 10, col. 1; «según dicen» -II, A, p. 5, col. 2), pero asimismo toman noticias de los vecinos. También se habla de las mujeres; se debate sobre la Cultural, el club de fútbol; se entonan canciones leonesas, asturianas, zarzuelas, cantadinas, sardanas y barcarolas o incluso puede tocar uno la

⁶ En sus *Memorias* César González-Ruano compara lo que representa el café para los habitantes de las grandes capitales europeas. Huelga explicitar que el café ha sustituido a la taberna al igual que Madrid puede entenderse como sinécdoque de España, París de Francia, Londres de Inglaterra o Berlín de Alemania: «Igual que el Círculo de los Hidalgos dicta a Prusia, los cafés de Berlín han dictado su conducta a la burguesía prusiana. En oposición, por ejemplo, a Londres, donde la vida de café apenas si puede intuirse –nunca realizarse– en disidencia con París, donde el café es un simple pretexto para la exhibición; en contradicción con el madrileño, que utiliza el café como escape del hogar, como “cosa de hombres”, en Berlín tiene un tono familiar que casi conmueve. Es el klan [sic] que se ha echado a la calle». (González-Ruano, *Memorias*: 295).

⁷ (Uría, 2003 : 571-604 y Ramos Santana, 2003: 259-260).

armónica, según los acontecimientos y los humores⁸; se juega a las cartas (solitario, tute, mus, escoba, brisca) o al dominó, todo ello en compañía del «embotellado de la tierra» (I, A, p. 9, col. 2): vino de Toro, Pajares de los Oteros, Valdevimbre, Morillas, las Navas, Villalobar... a menos que le den al vermut de la casa o al orujo.

Sin embargo, Umbral sabe de vinos y no duda en recalcar la picardía de la Casa Pepín que regala a los asiduos con un «vino bautizado» («Claro que, en realidad, el sitio no se llama nada ni jamás tuvo nombre registrado. Más o menos, como Casa Pepín [...] establecimiento que sigue sin bautizar, aunque del género que expende no podamos jurar otro tanto» – I, C, p. 12, col. 1) o sea aguado. Este «detalle» no sólo le sirve al reportero para subrayar un rasgo propio de la picaresca tradicional tabernera sino que le permite aludir en filigrana al trasfondo histórico de las luchas entre moros y cristianos, rememorando el legado moro a la provincia leonesa y no sólo el «vino moro» también llamado «sin bautizar» (del Corral, 1999: 159). La Historia que tanto ha impregnado la atmósfera comarcal es palpable en estas *Crónicas* así como la recreación visual y olfativa de la taberna pasa por el humo (II, B, p. 7, col. 1) y el olor del cigarro (I, C, p. 12, col. 2) o del cigarrillo (II, C, p. 10, col. 2) o la sensación auditiva se cuele a través de los leonesismos que salpican la escritura («la goma» – II, B, p. 7, col. 1; «un chanqueiro» – III, A, p. 17, col. 2), a lo cual habría que añadir el aspecto gustativo a través del vino pero sobre todo recordemos que no hay taberna que se precie sin buena comida⁹. Si algunas tabernas ofrecen una especialidad predominante como la fabada de doña Cloti (I, A, p. 9, col. 1) o «el bacaláito picante» de los domingos en «El 2 de Mayo» (III, C, p. 21, col. 2), todas ensalzan una nutrida y rica comida típica: el chorizo y la cecina de Rodiezmo, el jamón y el chorizo de Cármenes, el cocido, los callos, las morcillas, los riñones al ajillo así como la tortilla de escabeche, las sopas de ajo, el caldito picante, los pimientos en vinagre, sin olvidarse de los productos de pesca y caza, tanto la perdiz como el congrio, la merluza, el pulpo, el bacalao o la trucha fresca, a lo cual no puede faltar una buena hogaza de pan.

Si este paseo por el «Barrio Húmedo» de León nos permite a nosotros, lectores forasteros y extranjeros, descubrir un ámbito singular, específico y típico, no debe hacernos olvidar el objetivo del periodista. En efecto, les he presentado este estudio dándoles simplemente el título de su publicación, *Crónicas de las Tabernas Leonesas*. Y lo cierto es que la definición del término «crónica» responde perfectamente a la precisión topográfica, histórica y temporal presente en lo escrito, tal y como acabamos de ver, y a las normas académicas del género. Pero he pecado por omisión ocultándoles que primero se trataba de unas «crónicas» publicadas en la Revista de «la Casa de León», o sea dirigidas a un público mayoritariamente leonés. También omití precisarles que además fueron editadas entre mayo y agosto de 1962 cuando Umbral ya había abandonado la ciudad de León a principios de 1961 tras trabajar durante un par de años en la emisora *La Voz de León* y en el *Diario de León*.

De este modo habría que reconsiderar el género de dichas «crónicas» como siendo más bien unas memorias, con lo cual el lector podría poner en duda la veracidad y la exactitud de cada dato. Pero aún hay más. De hecho la primera crónica viene acompañada de una nota, la cual explicita que el texto que sigue es la transcripción de una charla (de ahí se

⁸ Es de notar la distancia que separa la descripción del ambiente tabernero que nos propone Camilo José Cela en sus memorias de la de Umbral. No creo personalmente que sea cuestión de regiones: Gallur (Aragón) para Cela y León para Umbral sino más bien un tipo de regocijo de la procacidad y de lo soez en Cela que no se encuentra en Umbral. (Cela, 2001: 353-354).

⁹ Cabe remitir una vez más a las *Memorias* de Camilo José Cela y en particular a las tabernas de Torremejía en las que «se bebía buen vino de la tierra y se picaban unas tapas sabrosas frías y calientes, queso, jamón, morcón, cortezas, callos, bacalao, tortilla, croquetas, etc.» A pesar de ser tiempos de guerra. (Cela, 2001: 409).

establece un diálogo con el auditorio con quien comparte la misma vivencia: «¿Ustedes se acuerdan?» – I, C, p. 12, col. 1) que Umbral dio en la Casa de León y que se trata de «un recorrido imaginario y elocuente, garboso y sustancial, por numerosos y populares establecimientos» de León donde el periodista «ha vivido varios años»¹⁰. La verdad es que al enfrascarse en la versión facsimilada que se reeditó en 2004, al lector se le abre una triple perspectiva: la del cronista¹¹, la del memorialista¹² y la del cuentista¹³.

Si la versión del cronista logra conmover a un auditorio nostálgico de leoneses residentes en Madrid a principios de los años 60, la versión del memorialista propone una dimensión histórica y sociológica, y, por fin, la del cuentista, al borrar las fronteras entre la realidad y la ficción, se dirige a un público mucho más amplio y atemporal que no puede sino admirarse de la frescura que mantiene la lectura 42 años después de su primera publicación. Además el distanciamiento que establece Umbral desde el inicio se va acentuando en el transcurso del recorrido.

Primero, Umbral es un forastero y no siente un apego especial a esas tierras a pesar del buen trato que le reservan. Luego, el periodista es un fino y agudo observador y la visión de «un chico alto y soso, con unos zapatos destrozados» (I, B, p. 11, col. 1) que les sirve el vino y la ración de callos en El Besugo no presagia un porvenir risueño en la ciudad, sin contar con que casi todos son solteros y sin grandes esperanzas matrimoniales, lo cual para un mujerigo como Umbral es algo impensable. Pero la clave de este distanciamiento y moraleja del cuento -que desembocará en que el locutor y periodista abandone León para irse a Madrid-, en este salto que dará de la pequeña ciudad a la capital, está en Vicentín.

Vicentín es el único personaje, además del compadre anónimo que acompaña a Umbral por las distintas tabernas, que sale en la tercera crónica, la quinta, la sexta y la decimotercera como si se fuera de ronda sorteando su primero o último «caldo» del día. Vicentín, «el pequeño Vicentín» -fijense en el diminutivo pleonástico-, cuya vida se ha venido abajo es exactamente la cara inversa del futuro al que aspira Umbral: «Fue relojero de buenos relojes y ahora rifa tabaco por las barras» (IV, p. 14, col. 1). Este nombre, Vicentín, no es fruto del azar sino que remite al «repelente niño Vicente», el famoso personaje creado por Rafael Azcona en 1957 y que Francisco Umbral, en una de sus columnas dedicadas a *La Codorniz*, define siendo «una crítica sutil del número-uno-de-su-promoción, tan evaluado por Franco como posible ministro» (Umbral, 1985). ¡Y con qué resultado!

El joven Umbral quien va en pos de la gloria, del éxito personal y profesional, rechaza, o, mejor dicho, se niega a llevar una vida apocada, mísera, solitaria. El retrato que nos esboza Vicentín chirría la desgarradora desgracia de la vida provincial: «Breve hombrecillo solitario, sin aquel maletero que fue su *último* amigo, el pequeño Vicentín se toma cada noche una *última* copa de orujo con recuelo de café. Como recuelo de hombre es él mismo, el pequeño Vicentín. Más que la vida, quizá él haya vivido el recuelo de la vida» (II, B, p. 9, col. 1)¹⁴. Un alto, muy alto Umbral buscará rápidamente el *primer* pretexto para marcharse cuanto antes de León, de la pequeña ciudad, lanzándose a la vorágine de la capital, Madrid, para disfrutar plenamente de la vida.

¹⁰ El subrayado es mío y con las informaciones que doy anteriormente destacan con creces cierta ampulosidad y exageración propias de los medios de comunicación.

¹¹ (Garrido Gallardo, 1994: 214-229, 217-218).

¹² (Umbral, *El Mundo*, 29-09-01). Entre las múltiples referencias al respecto es de sumo interés el libro de (Novell : 2009), 172 págs y (Aguado, 2010).

¹³ (Umbral, 1995 : 7-23) y (Piglia, 2000: 103-111 y 113-137).

¹⁴ El subrayado es mío.

BIBLIOGRAFÍA

AGUADO, Txetxu, *Tiempos de ausencias y vacíos. Escrituras de memoria e identidad*, Bilbao, Universidad de Deusto 2010.

AN., *Copla cordobesa*,

http://www.cordobapedia.wikanda.es/wiki/la_taberna_cordobesa> (consultado el 17-05-12).

BLAKE, William, «The Little Vagabond»,

< <http://www.poetryfoundation.org/poem/172928>> (consultado el 14-04-12).

Trad. «El pequeño vagabundo», en SAVATER, Fernando, «Elogio de la Taberna», *Sobras Completas*, Madrid, Ed. Libertarias, 1983, p. 131.

CELA, Camilo José, *Memorias, entendimientos y voluntades*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

DEL CORRAL, José, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVII*, Madrid, Ediciones La Librería, 1999, cap. XII «Vinos y tabernas».

DELEITO Y PIÑUELA, José, *Sólo Madrid es Corte*, Madrid, Espasa-Calpe, 3ªed, 1968, cap. XXVI «Tabernas y vinos».

FERNÁNDEZ, Fulgencio, Prólogo, en UMBRAL, Francisco, *Crónicas de las Tabernas Leonesas*, León, El búho viajero, 2004.

GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel, «Las columnas de Francisco Umbral», *La musa de la retórica. Problemas y métodos de la ciencia de la literatura*, Madrid, CSIC, 1994.

GONZÁLEZ-RUANO, César, *Memorias*, Madrid, Trea.

LEÓN HERRADOR, Manuel, «La taberna cordobesa», *Córdoba en Mayo*, Córdoba, ed. Ildelop, 1990.

LUCAS, Antonio, «Y en el principio fue la cerveza...», *El Mundo*, 05-05-12, p. 65.

MAUROIS, André, *Climats*, [1928], Paris, Grasset, 1958.

MEDINA, F. Xavier, «Ciudad, etnicidad y alimentación. Restaurantes, tabernas y la construcción de territorios de identidad vascos en Barcelona», *Zainak*, Cuadernos de Antropología-Etnografía, núm. 24, 2003, p. 835.

NOVELL, Pepa, *La memoria sublevada. Autobiografía y reivindicación del intelectual ibérico del medio siglo*, Madrid, Iberoamericana, 2009.

PIGLIA, Ricardo, «Tesis sobre el cuento» y «Nuevas tesis sobre el cuento», *Formas breves*, Barcelona, ANAGRAMA, 2000.

RAMOS SANTANA, Alberto, «Las tabernas, escenarios costumbristas», Universidad de Cádiz, 1981.

<http://www.cervantesvirtual.com/portal/romanticismo/actas_pdf/romanticismo_6/ramos.pdf> (consultado el 14-05-12).

UMBRAL, Francisco, «La Codorniz», *El País*, 28-10-85. También en *Memorias de un hijo del siglo*, Madrid, Ed. El País, 1987.

..... *Teoría de Lola*, Prólogo, Barcelona, Destino, 1995.

..... «Memorialismo» en «Los placeres y los días», *El Mundo*, 29-09-01.

..... *Crónicas de las Tabernas Leonesas*, Prólogo de Fulgencio Fernández, León, El búho viajero, 2004.

URÍA, Jorge, «La taberna. Un espacio multifuncional de sociabilidad popular en la restauración española», *Hispania*, LXIII/2, núm. 214, 2003.

VALLE-INCLÁN, Ramón, «Testamento»,

<<http://lacomunidad.elpais.com/lector-en-desvelo/2009/9/1/poema-testamentario-valor-inclan>> (consultado el 19-09-12)

ANEXO

La edición facsimilar consta de:

1. Prólogo de Fulgencio Fernández, pp. 5-29
2. “Crónica de las Tabernas Leonesas”, *León*, Revista de la “Casa de León”, Mayo 1962, núm. 97, pp. 7-15.

Incluye:

- De una tasca con tradición que se titula Bar, ella sabrá por qué. (En adelante, I, A p., col.)
 - En “El Besugo”, con el todo León. (En adelante, I, B, p., col.)
 - “La Gitana” y otras historias. (En adelante, I, C, p., col.)
 - Bodega “La Mazmorra” en tiempos, el Bar Capeas. (En adelante, I, D, p., col.)
3. “Crónica de las Tabernas Leonesas”, *León*, Revista de la “Casa de León”, Junio 1962, núm. 98, pp. 5-12.
 - Bodega “La Regia”, Liceo del Bello Canto. (En adelante, II, A, p., col.)
 - De capea en el Bar “El Ruedo”. (En adelante, II, B, p., col.)
 - “Casa Valdesogo”. Empapelada y de buen nombre. (En adelante, II, C, p., col.)
 - En la que pudo ser museo, y se quedó en Bodegón. (En adelante, II, D, p., col.)
 4. “Crónica de las Tabernas Leonesas”, *León*, Revista de la “Casa de León”, Julio 1962, núm. 99, pp. 17-23.
 - En otro museo del vino o taberna de las bellas artes. (En adelante, III, A, p., col.)
 - En “El 2 de mayo”, a vueltas con la Independencia. (En adelante, III, B, p., col.)
 - En “Casa Flórez”, también llamada Casa Pepe. (En adelante, III, C, p., col.)
 - Sopas de ajo en Puerta Obispo. (En adelante, III, D, p., col.)
 5. “Crónica de las Tabernas Leonesas”, *León*, Revista de la “Casa de León”, Agosto 1962, núm. 100, pp. 13-14.
 - “Casa Benito”, Ateneo del Mus. (En adelante, IV, p., col.)